

Predigten an der Schlosskirche Lutherstadt Wittenberg

19. Juli 2026 - 7. Sonntag nach Trinitatis



Predigt:
Pfarrerin Birgit Neumann-Becker
(Direktorin am Evangelischen
Predigerseminar Wittenberg)

Predigtmanuskript – es gilt das gesprochene Wort!

**Que la gracia y la paz estén con ustedes, de parte de aquel que era, que es y que vendrá.
Amén.**

Hebreos 13:1-3

1 Manténganse firmes en el amor fraternal.

2 No se olviden de la hospitalidad; pues, gracias a ella, algunos, sin saberlo, han dado alojamiento a ángeles.

3 Acuérdense de los presos, como si fueran sus compañeros de prisión, y de los maltratados, pues también ustedes aún viven en este cuerpo.

Querida congregación, queridas hermanas, queridos hermanos:

En la Carta a los Hebreos se resume así: solidaridad, amor al prójimo, compasión; eso es lo que define nuestra fe y a la comunidad cristiana. Así es como se vive la fe cristiana y se hace visible al mundo exterior.

Está muy claro: la fe cristiana no es un asunto privado. Estamos reunidos en el nombre de Jesús y, por eso, la fe cristiana se involucra en los asuntos del mundo —con un mandato claro—. Los cristianos se fijan en los oprimidos y, de vez en cuando, perturban el engranaje bien aceitado.

La fe cristiana no es precisamente flexible, sino que sigue su propia lógica basada en la dignidad humana y la relación con Dios.

Las exhortaciones, queridos hermanos y hermanas, son necesarias siempre que algo no se da por sentado. Cada vez que los acuerdos caen en el olvido o no se cumplen de manera confiable,

es necesario recordarlos. Recuerdo las exhortaciones de mi infancia: saludar a todos los adultos, limpiar los zapatos los sábados y la bicicleta el 1 de mayo, primero voltear el heno y luego ir a bañarme. Todas ellas eran exhortaciones que permitían mantener el orden y aclaraban las responsabilidades.

Así debe de haber sido también en las primeras comunidades.

En nuestro texto de la homilía nos encontramos con tres de un total de doce exhortaciones que se refieren a la práctica de vida muy concreta de la comunidad cristiana. Todas ellas reflejan la fe en que vivimos nuestra vida de manera muy concreta aquí, en nuestro mundo terrenal, y al mismo tiempo tenemos una meta que va mucho más allá. Unos versículos más adelante se encuentra la frase: «14 Porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la que está por venir». Estamos llamados a estar plenamente aquí, en este mundo, y al mismo tiempo tenemos una orientación hacia un futuro y un mundo diferente que no determinamos nosotros. Y aún más: estamos plenamente aquí, en este mundo, y al mismo tiempo somos huéspedes en este mundo; nuestra casa es solo nuestra casa temporal —este mundo es el mundo de Dios.

Con esta orientación —la responsabilidad en este mundo y, al mismo tiempo, una esperanza más allá de él—, la comunidad cristiana se distingue de manera muy significativa de su entorno, tanto en aquel entonces como en la actualidad.

Echemos un vistazo a las tres exhortaciones que nos presenta hoy el texto de la homilía.

Unidad

1. Manténganse firmes en el amor fraternal.

Hoy el tema central es la Cena del Señor —una comunidad a la que todos hemos sido invitados por medio de Jesús—; a través de ella nos convertimos en hermanos y hermanas. Muchos de nosotros sabemos lo difíciles que pueden ser las relaciones entre hermanos. Al final, sin embargo, por lo general se mantienen unidos.

Por «fraternal» se entiende aquí la cercanía entre quienes se conocen. En una congregación, en una comunidad. A veces, los grupos de viaje o los encuentros también constituyen una congregación temporal, y la exhortación a permanecer firmes en ella también significa que, en ocasiones, se requiere un esfuerzo de voluntad para mantenernos unidos, incluso cuando algo en el trato mutuo se percibe como molesto.

Una comunidad en cuyo amor puedo confiar, en la que sé que los hermanos y hermanas tienen buenas intenciones y son sinceros, me ayuda a superar los momentos difíciles.

Si hoy en día se habla tanto de la soledad, significa que las personas extrañan ese tipo de comunidades. Pero también significa que tal vez no las hayan conocido, que no se hayan preocupado por la comunidad y que no la hayan cultivado ni hayan confiado en ella.

Esta frase, «permanezcan firmes en el amor fraternal», es una llamada a la unidad. Como comunidad eclesial, tenemos la tarea de llevar esto adelante e invitar a las personas a formar parte de la comunidad. Hoy, después del servicio religioso, habrá un café en la iglesia; están cordialmente invitados.

Amor al extranjero

2 No olviden la hospitalidad; pues por ella algunos, sin saberlo, han hospedado a ángeles.

En realidad, la palabra «hospitalidad» —en griego, *philoxenia*— debería traducirse como «amor al extranjero» o «amabilidad hacia el extranjero». Es todo lo contrario de la xenofobia, el miedo a lo extraño.

El miedo a lo extraño, la reserva, es en realidad lo normal, lo que protege a una comunidad de la opresión y la violencia. Es el primer impulso: dejar que el extranjero sea extranjero y permanecer distantes de él, por precaución.

Al mismo tiempo, estamos unidos como seres humanos. Al preguntar por el nombre, de dónde viene y adónde va, por lo general la extrañeza ya se ha disipado y se ha establecido una primera relación.

Por supuesto, la hospitalidad supone que el forastero se ajuste a las condiciones de la misma y, obviamente, que no ejerza violencia alguna. Y que el forastero pierda su derecho de huésped en el momento en que lo incumpla.

La hospitalidad significa, en toda su consecuencia, la atención hacia la persona desconocida que llama a la puerta, porque, al igual que yo, es un hijo de Dios. En mi casa y también en nuestra comunidad. No sabemos quién es este forastero. No sabemos nada sobre su destino, sus sueños, sus metas. No lo sabemos... hasta que le preguntamos.

Ejemplos muy elocuentes de este amor al forastero puesto en práctica son los alojamientos y albergues en las rutas de peregrinación. Las personas que están de camino llegan por casualidad a un lugar y piden un lugar donde pasar la noche. A veces solo reciben una cama y agua, y otras veces una invitación a la mesa familiar. Y siempre se necesita la apertura de los anfitriones hacia estos extranjeros que van de paso. Me impresionó mucho, durante la creación de las rutas de peregrinación en Alemania Central, que muchas personas se ofrecieran a abrir su puerta y a proporcionar una habitación. Hace poco, un peregrino que recorría la Vía Regia en Sajonia me contó cómo lo conmovió eso: la dueña del albergue salió a recibirlo por la mañana —mucho más bajita que él—, tuvo que levantar los brazos bien alto y lo bendijo para su camino. Un encuentro entre quienes ya no son extraños.

El amor al extranjero, entendido como protección, respeto y dignidad hacia el extranjero —en quien la dignidad humana está tan arraigada como en mí—, es indispensable para nuestra cultura. Esta hospitalidad hacia los extranjeros forma parte fundamental del judaísmo, el cristianismo y el islam, y es un tema político sumamente delicado. Y siempre lo ha sido en el pasado:

En 1943, la Albania musulmana fue ocupada por la Wehrmacht alemana. A partir de entonces, la vida allí se volvió extremadamente peligrosa para todos los judíos. Sin embargo, la población musulmana los acogió, los escondió, los alimentó y los salvó. A este derecho a la hospitalidad en Albania se le llama «Besa», y una mujer musulmana lo explica así: «Nuestros padres eran musulmanes devotos y creían, al igual que nosotros, que cada golpe en la puerta era una bendición de Dios. Todas las personas provienen de Dios. La Besa existe en cada alma albanesa». Y otra mujer cuenta: «Nuestra casa es, en primer lugar, la casa de Dios; en segundo lugar, la casa de nuestros huéspedes; y solo en tercer lugar, la casa de nuestra familia. El Corán nos enseña que todas las personas —judíos, cristianos y musulmanes— están bajo el mismo Dios».

La protección del forastero nos abre un nuevo espacio: ¿Lo habrá enviado Dios? A veces, en el forastero también se encuentra un ángel.

La apertura hacia los extranjeros también significa apertura hacia Dios, hacia el encuentro inesperado con sus mensajeros. Cerrarse a los extranjeros también significaba cerrarse a la llamada de Dios. No podemos elegir ser acogedores con los extranjeros: es una misión firmemente inscrita en nuestra fe y hoy se nos exhorta a ello.

En tercer lugar, la empatía: la compasión

3Acordaos de los presos, como si estuvierais presos con ellos, y de los maltratados, pues también vosotros aún vivís en el cuerpo.

Nuestro mundo está lleno de cárceles que privan a las personas de su libertad. Considero correcto que las personas que han cometido delitos graves y representan un peligro para los demás cumplan su condena en una cárcel.

Pero nuestro mundo está lleno de cárceles que privan a las personas de su libertad sin justificación. Recientemente, tras la caída del régimen en Siria, se ha revelado la existencia de la terrible prisión militar de Saidnaja, donde miles de mujeres y hombres inocentes fueron encarcelados, torturados y ejecutados. Es imposible imaginar cómo se trata a los opositores en Irán. Actualmente sabemos muy poco al respecto y debemos suponer que se comete una violencia atroz. En Rusia, en Bielorrusia, en Cuba, en China, en Hong Kong, en Corea del Norte —y podría seguir enumerando más países— se encierra, tortura y asesina a personas por su anhelo de libertad.

Cuando los cristianos pensamos en los presos y en las víctimas de maltrato, eso constituye una intromisión en los asuntos políticos de un país: denunciarnos públicamente la injusticia. Nos solidarizamos con quienes están encarcelados injustamente.

He hablado con muchas personas que fueron encarceladas injustamente en la RDA y que hasta el día de hoy siguen sufriendo las consecuencias. Gracias a la investigación médica moderna, hoy sabemos que el encarcelamiento y la tortura causan secuelas de por vida y provocan enfermedades que con frecuencia conducen a una muerte prematura. El encarcelamiento es una forma de injusticia que se graba profundamente en el alma y en el cuerpo. La Carta a los Hebreos dice: «Acuérdense de los presos... porque ustedes también viven aún en el cuerpo». Compartimos entre nosotros el destino de la condición humana y compartimos el destino de la vulnerabilidad. No estamos a salvo hasta el final de nuestra vida y, por eso, necesitamos nuestra solidaridad mutua: como extraños, la protección; y como personas distantes, la compasión hacia los presos y los maltratados.

Hoy se nos advierte: la compasión por los presos y el amor hacia los extranjeros se han negado con frecuencia, con demasiada frecuencia, por miedo, por insensibilidad o por envidia. Y muy a menudo, la hospitalidad hacia los extranjeros y la compasión por los presos han salvado vidas.

El contexto histórico de lo que sigue: el 1 de septiembre de 1939, Alemania había atacado a Polonia desde el oeste; el 17 de septiembre de 1939, Stalin invadió Polonia con la misma brutal voluntad de aniquilación.

En 1942, un barco navegaba por el Mar Árabe como un ataúd flotante. A bordo iban 740 niños polacos. Eran huérfanos que habían sobrevivido a los campos de trabajo soviéticos. La mayoría de sus padres había muerto allí de hambre, enfermedad y agotamiento. Los niños habían logrado llegar hasta Irán, pero ahora nadie quería acogerlos.

Puerto tras puerto a lo largo de la costa india, las puertas permanecían cerradas. El Imperio Británico los rechazó. Para los niños, eso significaba: menos comida, menos medicamentos, menos fuerzas. Y, en algún momento, también menos esperanza.

Entonces, el maharajá Jam Sahib de Nawanagar se enteró de la existencia de ese barco. Sus asesores le informaron que 740 niños estaban varados en el mar porque no los dejaban desembarcar.

Se dice que solo dijo: «Los británicos pueden controlar mis puertos, pero no mi conciencia. Este barco atracará en Nawanager».

El maharajá había estudiado en Suiza. Su vecino era el pianista Jan Padereski, quien había sido primer ministro de Polonia.

Lo advirtieron de que se metería en problemas con los británicos. Se mantuvo firme. Y envió la frase que cambió 740 vidas como una llave en una cerradura: «Son bienvenidos aquí».

Cuando el barco finalmente llegó en agosto de 1942, los niños bajaron a tierra como sombras. Y allí, en el muelle, estaba el maharajá, pronunciando palabras que no habían escuchado desde la muerte de sus padres:

Ya no son huérfanos. A partir de hoy son mis hijos. Yo soy su Bapu, su papá.

Él les creó un hogar. En Balachadi construyó una pequeña isla polaca en la India: con maestros polacos, comida familiar, canciones, clases, jardines —incluso con árboles de Navidad—. Y les dijo, en esencia: El sufrimiento quiere borrarles la identidad. Su idioma, su cultura, sus tradiciones son preciosas. Aquí podrán seguir viviéndolas.

Mientras el mundo ardía en la guerra, estos niños vivían como una familia. El maharajá los visitaba, mandaba venir a médicos, pagaba la ropa, los medicamentos y todo lo necesario —con su propio patrimonio—. Y consolaba a los padres que aún vivían en algún lugar allá afuera y creían que nunca volverían a ver a sus hijos.

Más tarde, esos niños se convirtieron en médicos, maestros, madres, padres y abuelos. En Polonia, algunas plazas y escuelas llevan el nombre de Jam Sahib, el «buen maharajá».

Él marcó la diferencia con su conciencia: puso a extranjeros y prisioneros bajo su protección y compartió el pan con ellos. Amén.

Y que la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guarde sus corazones y sus mentes en Jesucristo. Amén

traducido por DeepL